

1903

2003

UN SIGLO DE GRANDES FIRMAS

«Si el cielo de Castilla es alto es porque lo habrán levantado los campesinos de tanto mirarlo». Cazador que escribe antes que escritor que caza, Miguel Delibes, colaborador habitual de ABC, ha levantado el lenguaje de su tierra a cielos de dignidad

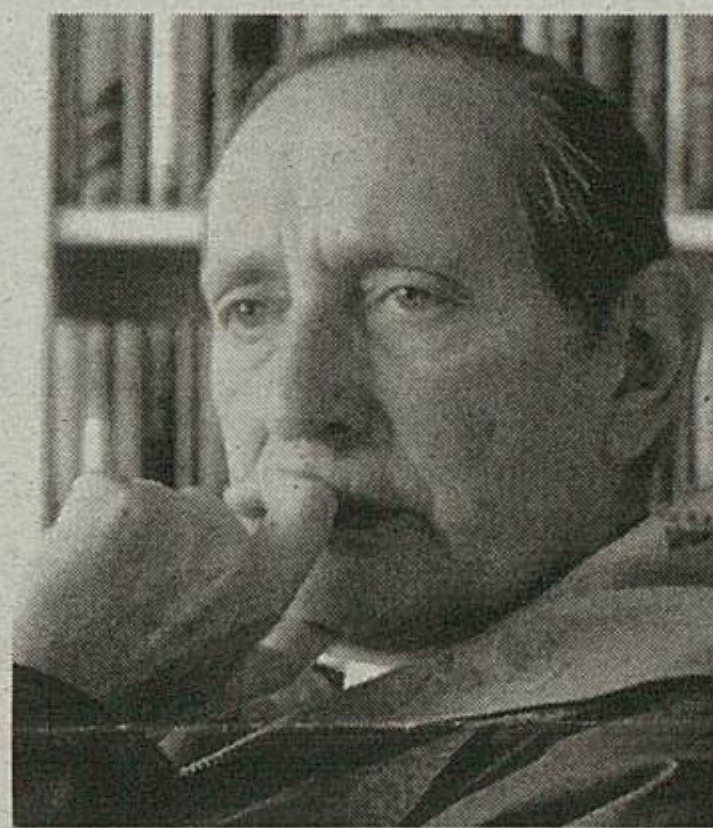
Miguel Delibes, los decires de la tierra

SOBRE LA CREACIÓN ARTÍSTICA

Miguel DELIBES

de la Real Academia Española

El autor de «El camino», «Los santos inocentes», «Cinco horas con Mario», «Las ratas» y «El hereje», entre otras obras imprescindibles de la narrativa española, nació en Valladolid en 1920. Su vocación periodística empieza en 1941, cuando ingresa como dibujante en el periódico «El Norte de Castilla», donde llegó a ser director. Sus artículos han brillado con luz propia en muchas Terceras de ABC, como éste que recuperamos hoy, publicado el 8 de agosto de 1979



Alexaminar, aunque sea someramente, fenómeno tan delicado como el de la actitud creadora del hombre, debo empezar diciendo que desconfío del artista cuya vocación se decide exclusivamente por estímulos externos; es decir, aquel artista que surge por un afán de recrear el mundo circundante, por lo que en éste encuentra de sugestivo o pintoresco. Los alicientes del mundo exterior pueden, creo yo, activar una disposición pero no determinarla. Si el hombre que se siente fecundado por la realidad externa no llevara dentro de sí un repetidor nunca podría devolvernos un eco estético de esa realidad. Pretendo insinuar que el artista —y, concretamente, el novelista— actúa en virtud de un movimiento de dentro afuera, con lo que su obra viene a representar algo así como la salida de humos con que alivia su combustión interior. El arte ya está en los fríos objetos externos, pero para expresarlo se requiere una chispa que los rescate de su inerte pasividad y los ilumine y proyecte. De aquí se deduce, primero, que la obra de arte es el resultado de la conmoción que produce en una determinada sensibilidad la vida en torno y, segundo, que la obra de arte, como los metales, apenas pueden trabajarse en frío; exige, casi inexcusablemente, una adecuada temperatura de creación. Esto ya nos autoriza a afirmar que abordar una empresa artística como «hobby», como pasatiempo, resulta inconcebible; mejor dicho, tal posición ante el arte podrá representar una higiénica receta, una oportuna terapéutica psiquiátrica, todo lo saludable que se quiera para su autor, pero inoperante desde un punto de vista estético. La creación es un esfuerzo, pero no un esfuerzo sometido a horario, una convocatoria periódica, sino un esfuerzo continuado, total, absorbente, que ocupa íntegramente al artista mientras éste no se sienta definitivamente parido; esto es, en tanto el escritor no vea su libro en los escaparates y el pintor o el escultor su obra en la sala de exposiciones (naturalmente esto no será una situación definitiva, sino una tregua episódica para inmediatamente, iniciar nuevamente el ciclo).

Recuerdo que un amigo mío, comerciante en tejidos, sonreía oblicuamente cada vez que oía decir que *trabajaba* en otra novela. El hecho de escribir novelas o de pintar cuadros no representaba para él trabajo alguno, sino, precisamente, lo contrario, una evasión del trabajo. Para este hombre, trabajar era andar afanado en las estanterías, medir piezas, recibir encargos, lidiar con el cliente suspicaz y receloso. Sin demérito para ninguna profesión, el artista, el novelista, no puede sino sentir envidia de aquellos profesionales que echan la trampa a las siete para no volver a acor-

darse de su oficio hasta la mañana siguiente.

Precisamente la tortura —o, tal vez, la dicha— del artista, del novelista, estriba en la imposibilidad de echar la llave ni de día ni de noche: en su actitud de vigilia permanente. El novelista cuando pasea, cuando come, cuando duerme (?) resuelve mentalmente escenas, verifica situaciones, entrama o estructura su obra, perfila personajes... En mi caso puedo asegurar que no pocos problemas planteados ante las cuartillas se me han desvelado, de pronto, durante el reposo, lo que equivale a decir que el creador nunca desconecta del todo su cerebro, dé tal forma que su sueño no es la inconsciencia plena, sino una fecunda semivigilia durante la cual su cabeza prosigue de manera automática la búsqueda de soluciones. Pero lo patético del caso es que estas soluciones rara vez lo son; no siempre son soluciones; esto es, son soluciones provisionales, constantemente sujetas a revisión. Los problemas en el arte, como en la vida, admiten infinitos planteamientos y de ahí que el creador nunca pueda estar seguro de haber acertado, siempre ha de admitir la posibilidad de perfeccionar su obra, de hallar una solución más congruente y lógica, estéticamente hablando. Esto es tanto como decir que su tarea nunca concluye, que incluso cuando el novelista pone en su manuscrito la palabra *fin* y lo envía al editor, ya hay otra novela en puertas, planteándole nuevas incógnitas, acuciándole con nuevas exigencias. El artista auténtico trabaja, lo quiera o no en cadena, sin pausa, y cuando trata de hacer un alto y conceder una ventila-

ción a su cerebro, el esfuerzo para desechas las ideas que mecánicamente le asaltan, resulta más extenuativo que el quehacer habitual, en cierto modo sistematizado y ya, forzoso es reconocerlo, un tanto automático. El fuego interior del artista, como el de los altos hornos, no puede apagarse sin daño.

Por este camino llegaremos a concluir que el arte —la novela— exige una entrega limitada, pero ¿es suficiente esta entrega abnegada y sin reticencias para que el creador surja, para que el novelista se manifieste? Yo creo que no. Ni los alicientes del mundo exterior ni el más ferviente deseo de aprehenderlos e interpretarlos bastarán para que el artista nazca, para que un hombre se convierta en un artista. El arte no es una simple cuestión de voluntad. El pez, pongamos por referencia metafórica, está en el río y el hombre, en la orilla, dispone de los artilugios precisos para su captura, pero no necesitará un sexto sentido, una sensibilidad especial, para hacer de estos instrumentos el uso pertinente y alcanzar así los resultados apetecidos. Todo hombre puede llegarse a la margen del río, pero únicamente *algunos* lograrán hacerse con el pez. El resto imitarán sus movimientos, remedarán sus ademanes, emplearán análogos ardides, pero el pez, ineluctablemente, se les resistirá. Les falta ese sexto sentido para ordenar con un criterio de eficacia esa serie de ingredientes que ordinariamente se brinda a la generalidad de los mortales. Son incapaces de captar nada, no aciertan a reflejar nada, siquiera las oportunidades y la aparente disposición personal sean favorables. Su esfuerzo, empe-

ro, resultará estéril porque no son artistas; les falta, digámoslo así para entendernos, *sensibilidad creadora*.

En la iniciación de mi carrera periodística tropecé un día con la necesidad de hacer una crítica teatral. Yo, con mis veinte y pocos años, no entendía de estas cosas, había visto poco teatro, y así se lo dije al entonces director de «El Norte de Castilla», Francisco de Cossío. Pero Cossío, hombre de dilatada experiencia, no se inmutó: «¿Qué importa eso? —me dijo—. Si has enjuiciado un libro o una película sabrás enjuiciar una comedia: en arte, todo es cuestión de sensibilidad.» Con los años he comprobado esta verdad elemental. Para saber si una obra de arte es buena o mala, la erudición es un lujo; teniendo la sensibilidad despierta, afinada la facultad de discriminación, apenas hay riesgo de equivocarse. Otra cosa, naturalmente, será realizar una disección profesional, una crítica de altura, encajar la obra de arte, relacionarla, filiarla, para lo cual se precisan conocimientos e, incluso, con frecuencia resulta inexcusable la erudición.

